

sados, que condenais tantos culpables de toda especie, asesinos, ladrones, sacrilegos, seductores, ¿hay uno solo entre ellos que sea cristiano? Son de los vuestros los que llenan las prisiones; sus gemidos son los que retumban en las minas; con la carne de los vuestros es con la que se engordan las fieras, y entre vosotros se reclutan esos rebaños de criminales destinados á los combates de la arena.....» (1).

La oposicion entre la antigüedad y el cristianismo se manifestaba sobre todo en las relaciones de los dos sexos. Miéntras que el materialismo pagano se revolcaba en el fango, la religion cristiana prescribia una pureza angelical. Los paganos mismos admiraban la castidad cristiana. *San Justino* tiene el orgullo de mostrar en todas las condiciones fieles, que habiendo seguido la doctrina de Jesucristo desde la infancia, han conservado la virginidad hasta la muerte. Los *Apologistas* exaltan esta victoria alcanzada sobre la más violenta de las pasiones: «Los paganos, dice *Orígenes*, se entregan á los más groseros deleites sensuales, sin ocultarlo; sostienen que no hay en esto nada contrario á los deberes de un hombre honrado. Los cristianos más ignorantes se hallan bien por cima de los filósofos, de las vestales y de los pontífices más puros de los paganos.» Si hemos de creer al Padre griego, ningun cristiano estaba manchado con estos vicios; «si se encuentra alguno, añade, no es de los que vienen á las asambleas y toman parte en las oraciones» (2).

Hay ya en las palabras de *Orígenes* como una sombra que oscurece el cuadro de la perfeccion cristiana. Confiesa que hay cristianos indignos de este nombre. Aunque admirando el poder del cristianismo para regenerar á los que lo abrazaban con una fe viva, reconoce que otros no se convertian sino con miras interesadas (3). ¿No era infinitamente pequeño el número de los verdaderos discípulos de Cristo, en comparacion de aquellos que seguian observando las costumbres de los paganos, aún despues de haberse hecho cristianos? Los *Apologistas* idealizan las costumbres de los

(1) TERTULLIAN., *Apolog.*, 44.

(2) ORÍGEN., c. *Cels.*, VII, 48.

(3) IBID., c. *Cels.*, I, 67.

fieles, no es una sociedad real la que pintan; no hacen más que trascribir los mandamientos del Evangelio, como si hubiera bastado el bautismo para trasformar á todos aquellos que lo recibian. Verdad es que habia paganos á quienes una vocacion interior atria al cristianismo, y que renacian á una vida nueva. Pero ¿cuántos habia que no tenian de cristianos más que el nombre? Lo que prueba que el cuadro trazado por *Athenágoras*, *Tertuliano* y *San Justino* no es la expresion de la realidad, es que ya en las primeras sociedades cristianas encontraron los apóstoles muchos vicios que reprender, que contrastan singularmente con el ideal de las *Apologías*. Los *Apologistas* exaltan la caridad, la pureza de los primeros cristianos. Escuchemos á *San Pablo*: «Me han informado de que hay cuestiones entre vosotros. Cuando alguno de vosotros tiene una contienda con otro, ¿se atreve á llamarle á juicio ante los infieles?» «Se oye por todas partes que entre vosotros reina la impudicia, y tal impudicia, que aún entre los gentiles no se oye hablar de cosa semejante» (1). Henos aquí léjos de la perfeccion del Evangelio. Sin embargo, se trata de la edad apostólica! ¿Qué será cuando los paganos entren en masa en el seno de la Iglesia, atraidos por los favores que los Césares prodigan á los convertidos, ó intimidados por las persecuciones?

§ II. — Corrupcion de la sociedad cristiana.

Ya en el siglo III, un Padre de la Iglesia se queja de la corrupcion de la sociedad cristiana, tanto de los jefes como del comun de los fieles: «Casi todos los obispos, dice *San Cipriano* (2), abandonan el púlpito, dejan su rebaño y no se ocupan sino de intereses temporales. Se les ve recorrer las provincias, frecuentar las ferias, no buscando sino el lucro y las riquezas; se apoderan de las tierras por fraude, prestan con usura, viven en la abundancia, miéntras que sus hermanos están en la miseria.» ¿Debe-

(1) PABLO, I *Corinth.*, I, 11; I *Corinth.*, VI, 1; II *Corinth.*, V, 1.

(2) CYPRIAN., *De lapsis*, p. 374, B. D.

mos asombrarnos de que aquellos débiles cristianos cedieran á los primeros golpes de la persecucion? No eran cristianos sino en el nombre: «La inmensa mayoría, dice *Cipriano*, hizo traicion á su fe, tan pronto como oyó las amenazas del enemigo. No es la persecucion la que los ha abatido, su apostasia se adelantó á los perseguidores; se precipitaron al pié de los ídolos, como si tal hubiera sido siempre su deseo, como si se consideráran felices de haber hallado una ocasion hacia largo tiempo deseada» (1). Aun aquellos que habian sufrido el martirio, llegaron á ser causa de perturbacion. El orgullo los hacía ingobernables; se creian por cima de la Iglesia, por cima aún de los deberes de la moral: *Cipriano* les echó en cara el adulterio, el concubinato y los más vergonzosos excesos (2).

Sin embargo, en el siglo III los cristianos estaban aún muy cerca de los tiempos apostólicos; la persecucion, esta fuerza del cristianismo, hubiera debido sostener el ardor de la fe. El mal tomó proporciones inmensas, cuando la Iglesia de perseguida se convirtió en dominadora. *Jerónimo* confiesa con dolor, que bajo los emperadores cristianos la cristiandad ganó en poder y riquezas, pero perdió en virtudes (3). Antes de Constantino, las conversiones eran raras, ninguna consideracion de interes ó de ambicion halagaba á los paganos para entrar en el seno de una secta pobre y perseguida. Cuando el señor del imperio abrazó la religion nueva, las conversiones se hicieron de repente por masas. Constantino colmó á la Iglesia de riquezas, poderoso atractivo para el espíritu codicioso de los Romanos del Bajo Imperio. El mismo Emperador declara que los bienes temporales debian servir para convertir los gentiles al cristianismo: «Pocos hombres, dice, aman la verdad por sí misma, pocos hombres se convierten por fe y conviccion. Se debe obrar con los paganos como un médico con sus enfermos, tratar á cada uno segun sus deseos y sus necesidades. A unos es necesario darles alimentos, asegurar el apoyo á los otros, interesar á éstos por la ambicion, á aquéllos

(1) CYPRIAN., *De lapsis*, p. 375, A.

(2) IBID., *epist.* V, p. 34, C.; *epist.* VI, p. 37, C. p. 38, A.

(3) HIERONYM., *Vita Malchi* (t. IV, P. II, p. 91).

por el honor» (1). Constantino no se hacía ilusiones acerca de los sentimientos de estos nuevos cristianos, pero decia, parodiando, por decirlo así, las palabras de *San Pablo*: «De cualquiera manera que sea, con celo aparente ó con sinceridad, siempre resulta que se anuncia á Cristo.» El Emperador prodigó los beneficios, las inmunidades, los privilegios á las ciudades que se adelantaban á su voluntad (2). Con semejantes medios de seduccion, Constantino llegó á ser un apóstol más poderoso que el apóstol de los gentiles. La propagacion del cristianismo avanzaba admirablemente; pero ¡qué cristianos! Los mismos panegiristas de Constantino, los Padres de la Iglesia, se quejan de la hipocresía monstruosa que invadió la sociedad. Practicábase la simonia en grande escala; se compraban las almas, pero aquellas almas venales permanecian paganas (3).

Estos pretendidos fieles trasladaron las supersticiones y la inmoralidad del paganismo á la Iglesia. Todo lo que hay de sagrado en la religion, los misterios, las Sagradas Escrituras, estaba corrompido. En lugar de pensar en purificar su corazon, en elevar su alma á Dios, los cristianos hacian del culto un arte mágico. El cristianismo que se dirige esencialmente al sentimiento interior, degeneró en ceremonias exteriores (4). Se practicaba la antigua religion juntamente con la nueva (5). Véase á los discípulos de Jesucristo celebrar las fiestas de los paganos y de los judíos; habia quienes se ponian junto á una estatua pagana y se dormian junto á ella (6). A la menor enfermedad consultaban á los agoreros; llevaban amuletos, entre los cuales figuraban las hojas del Evangelio al lado de las medallas de Alejandro: los sacerdotes de Cristo se enriquecian con este vergonzoso comercio (7). Unas veces era ridícula la supersticion, otras criminal (8). Cuando nacia

(1) EUSEB., *De Vita Constant.*, IV, 28; III, 21.

(2) IBID., *De Vita Constant.*, III, 58; IV, 38, 39.

(3) IBID., *ib.* IV, 54.—AUGUSTIN., in *Evang. Johann. Tractat.* XXV, § 10.

(4) CHRYSOST., *Ad popul. Antioch. Homil.* 19 (t. II, p. 197).—HIERONYM., in *Matth.*, c. 23 (t. IV, P. I, p. 129).

(5) *Concilio de Laodicea*, del siglo IV, c. 37-39.—*Concilio de Valencia*, c. 3.

(6) CHRYSOST., *Adv. Judæos*, I, 6 (t. I, p. 595, D.).

(7) *Concilio de Laodicea*, c. 36.—GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. I, § 102, n. 6.

(8) CHRYSOST., *Homil.* IV, in *epist. I ad Corinth.* (t. X, p. 32, A. B.); *Homil.* XII, *ib.* (t. X, p. 107); *Commentar. in epist. ad Galat.* (t. X, p. 669, C); *Homil.* VIII in

un niño se encendian muchas lámparas, á las cuales se daban nombres diversos, y se daba al recién nacido el nombre de aquella que habia tardado más en apagarse. Crímenes extraños se mezclaban con estas locuras. En la idea de que las almas de aquellos que morian de muerte violenta se libraban del demonio, algunas veces degollaban á los niños. Los juegos que tanto atractivo tenían para la sociedad pagana, sobrevivieron á la destruccion del paganismo. El legislador no se atrevia á tocar á las solemnidades arraigadas en las costumbres; un historiador eclesiástico dice que el solo respeto del nombre de Jesucristo hubiera debido inclinar á los fieles á huir de la dignidad de pontífice de aquellas fiestas; sin embargo la buscaban, y fué necesaria una ley de Teodosio para prohibir esta especie de apostasía (1).

Los Padres de la Iglesia veian con dolor esta invasion del paganismo; protestaban contra las supersticiones, temiendo que se las confundiese con la verdadera doctrina: «La religion, dice *San Agustin*, no consiste en ceremonias y en prácticas, obras serviles de que Dios ha despojado á la Ley Nueva. Una cosa es lo que enseñamos y otra lo que sufrimos; una cosa es lo que mandamos y otra lo que prohibimos, pero que nos vemos obligados á tolerar hasta que consigamos cambiarlas» (2). Tal era el poder del error y de la idolatría, que los Santos Padres temblaban al atacar los hábitos arraigados (3). La Iglesia se vió obligada á transigir con el paganismo. Conservó muchos usos, porque esperaba santificarlos, consagrándolos al culto cristiano (4); facilitó con ello

epist. ad Coloss. (t. XI, p. 387); *Homil. X in epist. I ad Timoth.* (t. XI, p. 603, B).
—Compar. VILLEMMAIN, *Cuadro de la elocuencia crist.*, p. 175 y sig.

(1) L. 112, C. Th. XII, 1.—TILLEMONT, *Historia de los Emperadores*. (El emperador Teodosio, art. 27).

(2) AUGUSTIN., *epist.* 55, § 35; c. *Faust.*, XX, 21.

(3) IBID., *epist.* 55, § 35: «*Approbare non possum, liberius improbare non audeo.*»

(4) GREGORIO EL GRANDE dice en sus instrucciones á los misioneros que envió á la Gran Bretaña: «No suprimais los festines que celebran los Bretones en los sacrificios que ofrecen á sus dioses; trasladadlos únicamente al día de la dedicacion de las iglesias ó de las fiestas de los santos martires, á fin de que, conservando algunas de las groseras alegrías de la idolatría, se inclinen más fácilmente á gustar de las alegrías espirituales de la fe cristiana» (GREGOR., *epist.* IX, 71).

la conversion, pero alteró la pureza del cristianismo y abrió la puerta á la corrupcion. Los paganos tenían la costumbre de ofrecer festines á sus ídolos. Despues de su conversion, la Iglesia les permitió celebrar la memoria de los mártires con fiestas. Los nuevos cristianos se creian autorizados por esta concesion para conservar sus antiguas costumbres; celebraban festines que acababan en la embriaguez en medio de las iglesias; de manera que las orgías de la mesa casi constituyeron un acto de religion (1).

Así es como la corrupcion pagana se perpetuó en la cristiandad con las supersticiones del paganismo. Las conversiones eran un hecho exterior, sin influencia en la moralidad. Por todas partes reinaban los vicios de la antigua sociedad, desde el palacio de los emperadores hasta las últimas esferas del pueblo. Los Césares habian abrazado el cristianismo, y con ellos todos aquellos que los rodeaban. Si estas conversiones hubieran sido sinceras, la córte imperial hubiera debido trasformarse como se trasformaban las costumbres de los verdaderos discípulos de Cristo. ¿Pero qué era el cristianismo para los grandes del Imperio? Un nuevo medio de enriquecerse, una nueva fuente de goces. ¡Espectáculo singular! Un emperador apóstata, Juliano, el adorador de los dioses del Olimpo, purgó el palacio de la corrupcion que le infectaba. Escuchemos á un historiador pagano á quien su elevada imparcialidad ha hecho pasar por cristiano: «El palacio se habia convertido en un semillero de vicios, cuyos gérmenes se habian propagado fuera. Ciertos comensales de esta morada, enriquecidos con el despojo de los templos, habian hecho de la expoliacion un oficio, y olian, por decirlo así, toda ocasion de lucro. Robaban, gastaban y prodigaban sin freno y sin medida. La infeccion invade poco á poco las costumbres públicas. De aquí el desprecio tan comun de la fe jurada y de la estimacion de los demas; de aquí esta pasion de la ganancia que quiere satisfacerse, áun á costa de toda mancha; de aquí estas sumas prodigiosas devoradas por el lujo de los festines. La mesa tuvo sus triunfadores, como en otro tiempo la victoria.» La entrevista de Juliano y de su peluquero es una escena altamente cómica y que merece contarse. El Empera-

(1) AUGUSTIN., *epist.* 29 y 22.

dor quería que le cortáran el pelo. Ve entrar un personaje suntuosamente vestido. *Juliano* se sorprende: «Ha sido un barbero lo que he pedido, dice, y no un hacendista.» Pregunta á este individuo sobre lo que valia su empleo: «Veinte raciones de comida por día, responde éste; otras tantas raciones de forraje, un buen sueldo anual, sin contar más de un accesorio bastante lucrativo.» *Juliano* echó fuera á toda esta caterva de peluqueros, cocineros y demas, de que no tenía necesidad, diciéndoles que buscáran fortuna en otra parte (1).

Tal era la primera córte cristiana en el ardor de la conversion, en medio de las luchas sobre la divinidad de Cristo. Para conocer al pueblo, interroguemos á los Padres de la Iglesia. Había en los dogmas de la nueva religion con que seducir á los Griegos, dados por naturaleza á las especulaciones sutiles de la metafísica. Pero no comprendieron tan bien la parte moral del cristianismo. Gregorio Nazianzeno no cesa de reprenderles porque no hacen sino hablar de religion y de sabiduría: «El medio de conseguir la salvacion, dice, no es discurrir sobre la teología, en los teatros y los festines, en medio de risas y de cantos, algunas veces con la lengua manchada con canciones lascivas; hablar en broma de cosas que exigen la más seria atencion. ¿En qué consiste la verdadera piedad? En dar limosna, en ejercer la hospitalidad, en asistir á los enfermos, orar, gemir, llorar, acostarse sobre la tierra, mortificar los sentidos, tener cuidado con la lengua: hé aquí las puertas de la salvacion. Se entra en ellas con acciones, no con palabras» (2).

Los más profundos misterios del cristianismo no espantaban á aquellos atrevidos pensadores; disertaban acerca del Padre, acerca de la naturaleza del Hijo, y de la relacion que une al Espíritu Santo con las dos primeras personas de la Trinidad: «No se encuentran por todas partes, dice Gregorio de Niza, sino gentes que dogmatizan sobre las materias más difíciles de comprender. Paseaos en las calles y en los mercados; id á casa de vuestro sastre; entrad á cambiar una moneda; visitad al abastecedor de vuestra mesa; si despues de haber escogido alguna cosa preguntais ¿cuánto?

(1) AMMIAN. MARCELLIN., XXII, 4.

(2) GREGOR. NAZ., *Carm.* I (t. II, p. 19 y sig.). *C. Orat.* XV (t. I, p. 225).

se os responderá por lo *creado* y lo *increado*. Quereis saber el precio del pan, y os contestarán: *El Padre es mayor que el Hijo, y el Hijo está subordinado al Padre*. Pregunto si mi baño está dispuesto: se me dice que el *Hijo ha sido sacado de la nada*» (1). San Basilio quiso conducir nuevamente á los fieles á la sencillez de la creencia evangélica: «Profesad á Dios, dice; creed en el Redentor, en lugar de escudriñar la esencia impenetrable de la Divinidad» (2). ¡Cosa curiosa! El legislador mismo creyó deber intervenir: una ley prohibió las discusiones públicas sobre la fe cristiana (3). Pero el carácter griego se inclinaba irresistiblemente á la disputa: la religion se perdió en palabras, en lugar de traducirse en actos.

Para el comun de los fieles el culto era una especie de espectáculo; iban á aplaudir á los oradores cristianos, como aplaudian á los conductores de los carros en el circo. *San Crisóstomo* recordó más de una vez á sus oyentes que no estaban en el teatro, que se trataba de un ministerio espiritual, y que la única manera de probar la eficacia de la palabra cristiana era corregirse. Veia con pena que sus homilías impresionaban por la forma más que por el fondo; el entusiasmo que excitaba se evaporaba en aplausos (4). Muchas veces la pasion del circo triunfaba entre los Griegos sobre el placer de oír al elocuente orador (5). *Crisóstomo* tuvo el dolor de ver correr á sus oyentes á los juegos el viérnes y el sábado de la Semana Santa; pronunció entónces uno de sus más bellos discursos para censurar á aquellos cristianos semi-paganos (6).

Los Padres griegos que luchaban contra las tendencias de su

(1) GIBBON dice que él no ha podido descubrir nunca este pasaje curioso en GREGORIO NAZIANZENO. El pasaje es de GREGORIO DE NIZA (t. III, *Homil. de divinit. Filii et Spiritus Sancti*).—EFREMIO, el célebre Padre sirio (contemporáneo de BASILIO) ha escrito 80 discursos contra estos vanos disputadores. Se ve en ellos, señaladamente en el discurso 68, que el gusto de las discusiones teológicas habia llegado á ser una verdadera enfermedad, tan funesta á la religion como poco provechosa á la filosofía (véase el tomo VI de sus obras).

(2) BASIL., *adv. Eunom.*, I, 14.

(3) L. 4, C. JUST., I, 1.

(4) CHRYSOST., *De Lazaro, Concio VII* (t. I, p. 790, C.); *in Matth., Homil. 17* (t. VII, p. 232, D.); *in Acta Apostol., Homil. 30* (t. IX, p. 239 y sig.).

(5) IBID., *C. Anomæos, Homil. 7* (t. I, p. 501); *in cap. I Genes. Homil. 6, init.* (t. IV, p. 39); *de Annâ, Serm. 4* (t. IV, p. 730, D. E.).

(6) IBID., t. VI, p. 271 y sig.